

EL PERSEGUIDOR

VÍCTOR J. FLURY

Hay maneras y maneras de escribir un ensayo. La marcha expositiva de Álvaro Quesada sigue la pauta de las películas de Alfred Hitchcock: panorámica del edificio, ventana, actores. En su libro *Uno y los otros*, la panorámica es el contexto histórico, la ventana son las generaciones y los actores dos literatos: Max Jiménez y José Marín Cañas.

El volumen, riguroso examen de la identidad costarricense a partir de sus manifestaciones literarias, se compone de dos partes: la primera, "De la unidad a la escisión", abarca el periodo 1890-1920 y se basa en la reelaboración de artículos y ponencias anteriores del autor, vistos aquí desde una nueva perspectiva; la segunda parte "La premonición del caos" corre de 1920 a 1940. Los tres últimos capítulos se dedican al análisis de la obra narrativa de Jiménez y de Marín Cañas.

El diagrama contiene, internamente, tres bloques que corresponden a tres generaciones sucesivas y que reiteran la pauta de lo macro a lo micro.

No se vaya a pensar, por esto, que la escritura acata el puro orden algebraico. No, dentro de su fértil biorritmo, a cada rato los niveles histórico, ideológico, discursivo y formal se auxilian y recusan mutuamente y estos encuentros tienen siempre la virtud de abrirle un jirón a la realidad.

Problemas en el Olimpo

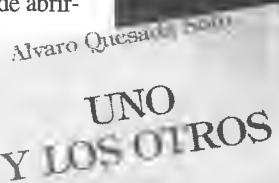
Uno y los otros aporta una visión de conjunto de la sociedad costarricense y del fenómeno de su palabra escrita: el inicio es adánico; el final, agorero. Agorero, ya que al cabo de un análisis de 50 años concluye que los ticos - pérdida la inocencia - hemos quedado frente al monstruo, y este se llama caos.

El texto, serpiente que se muerde la cola, podría llevar un subtítulo explicativo: "de cómo se forjó el complejo cultural denominado Costa Rica durante la última década del siglo 19 y de cómo hizo agua cuatro décadas después".

La generación del Olimpo (Manuel de Jesús Jiménez, Jenaro Cardona, Magón, Gagini, Aquileo Echeverría, Fernández Guardia) había creado prácticamente de la nada una representación racional y sensitiva del país.

Pero el discurso de aquellos pioneros no reflejaba sino una parcialidad de las cosas - el horizonte liberal de la oligarquía cafetalera -, parcialidad que se veía como un todo y que dos novelas discutirán puntualmente.

Me refiero a *El problema* (1899), de Máximo Soto Hall, en la que Julio - una suerte de Hamlet criollo, víctima de su frágil *establishment* - no halla otra solución a su drama que el suicidio; y *El moto* (1900) que ocurre cuando el amor que no debe ser dislocada cierta armonía aparente, destacando la situación lisa y llana del campesino pobre en la comunidad pseudo-idílica de los mayores.



Álvaro Quesada nos deja un libro-linterna respecto del pasado que apunta hacia el mañana.

EL CENTRO DE GRAVEDAD TEMÁTICA DE *UNO Y LOS OTROS*, PIEDRA DE TOQUE EN ESTE CASO, GIRA ALREDEDOR DE UNA OBSESIÓN BÁSICA - EL AUTOCONOCIMIENTO -, TRAVESTIDA DE ACUERDO CON EL VOCABULARIO DE LOS TIEMPOS Y LOS CLAUSTROS.

Ambas narraciones levantan la tapa de la vida y dicen que la hegemonía del Olimpo no es una verdad sostenible, aunque cabe asignarle a la criatura de García Monge un alcance mayor a la de su colega, la aportación de una mirada que juega el papel de bisagra.

A través de ella, los temas, motivos y estilos de la primera generación se trasvasan a la segunda de modo no traumático y juntas empujan (no demasiado ni demasiado poco) el carro de la historia.

Vértigo y estupor

La tercera promoción comienza a notarse alrededor de 1930. No es una época cualquiera y, debido a su obvia complejidad, amerita un enfoque particular.

Uno y los otros recorta dos figuras Max Jiménez y José Marín Cañas - que sobrepone su sello a la circunstancia. Una circunstancia de "vértigo y estupor", si uno adhiere a la noción de que todo ciclo temporal se articula bajo una configuración afectiva.

Ambos narradores interesan no solo por el contenido de su obra sino porque introducen los experimentos de la modernidad en su manejo de la ficción.

Max Jiménez cumple un papel demistificador de la vida social y las convenciones culturales. *Unos fantoches* (1929), *El domador de pulgas* (1936) - certeramente calificado de "sátira menipea" - y *El jaúl* (1937) - novela de la anti-identidad - proponen una visión desgarrada y rupturista del individuo frente al medio y una escritura fuera de los códigos literarios oficiales.

Marín Cañas, por su lado, se las ingenia para relatar el colapso de la etnia patriarcal mediante el desplazamiento del narrador, los diversos planos de significación y los múltiples simulacros del punto de vista. *El infierno verde* (1935) y *Pedro Arnáez* (1942) constituyen dos significantes irrenunciables y fecundos y, como los textos de Max Jiménez, desafían el sentido común y la autoimagen amonedada del costarricense.

Álvaro Quesada logra aquí las mejores páginas del libro. Sus ideas y reflexiones, a la par de aquellas extraídas

de cantera ajena, nos avisan que el ensayista - aparte de ratificar su condición de trujamán - puede "ver a través" de la maraña textual y practica el don intensamente, contra cualquier intermitencia.

No sé todavía, a pesar de que él trata de justificarlo, por qué sus 332 folios recibieron el título de *Uno y los otros* (creo que fue un préstamo tomado a Mario Benedetti); pero esto resulta venial de cara a la ambición y calidad de la obra.

Una obra que torna inteligible un momento clave de nuestro devenir nacional y nuestra sensibilidad oscilante; y que apuesta su bolsa a favor de la prosa limpia y clara, genuina cortesía a los potenciales lectores, eruditos o no.

Tras la presa

Decía Luis Ferrero (*Ensayistas costarricenses*, 1970) que el ensayo ha sido el medio literario que mantuvo el contacto del país con la cultura universal; y pregonaba que el sueño de aquellos abogados y educadores que lo cultivaron, de 1904 en adelante, no era un sueño bonsái. Ellos querían montar auténticamente un auténtico Renacimiento.

"¿Cambiará la fisonomía del ensayo?", preguntaba Ferrero a la vuelta de las hojas y los días, treinta años atrás, dirigiendo sus ojos a la posteridad.

Habría que contestarle. Habría que imprimir una respuesta a tan durable desasosiego, señalando desde el vamos que el centro de gravedad temática de *Uno y los otros*, piedra de toque en este caso, gira alrededor de una obsesión básica - el autoconocimiento -, travestida de acuerdo con el vocabulario de los tiempos y los claustros (el universitario ocupa en los actuales noventa el sitio que ayer ocuparon legistas y pedagogos).

Habría que declarar, igualmente, que los métodos han ganado un espacio mayor, gracias al incremento de fuentes informativas y a la actitud del ensayista sabueso que alza la guardia frente a la descarga de emoción intelectual que solía impregnar a los próceres (Brenes Mesén, García Monge, Omar Dengo, Rómulo Tovar, Rafael Cardona, Mario Sancho, Moisés Vincenzi, Abelardo Bonilla...).

Lo cual descubre el telón de un escenario diferente, donde hablar de ensayo investigativo adquiere significado y emitir juicios de valor se vuelve un imperativo categórico.

¿Qué más? Bueno, que cada ensayista tiene la doble oportunidad de aportar su grano de arena al saber en sí y al ensayo como género. Álvaro Quesada nos deja un libro-linterna respecto del pasado que apunta hacia el mañana o, lo que sería equivalente, un hito dentro de los estudios relativos a la identidad; y además el raro ejemplo de una actitud, un temple casi fanático de ir tras la presa identificada, lo mismo que Johnny - el saxofonista de *El perseguidor* de Cortázar - iba tras la música y su desconcertante secreto.

El símil no es desatinado. Al fin de cuentas, la música y la palabra son para los perseguidores de casta dos formas de atrapar un enorme silencio. Silencio que, en las horas felices, es compartido por un tercero: el lector de silencios.

PREMIOS
ÁNCORA
97-98

ENSAYO

SEGUN EL JURADO

"El libro *Uno y los otros* constituye un hito insoslayable dentro de los estudios relativos al autoconocimiento del país y abre a lectores y especialistas un novedoso horizonte de ideas fuera del canon oficial."